

« K A S H T A N K A »

A N T O N P . C H E J O V

I

MALA CONDUCTA

Un perro joven y canelo -un chucho de raza indefinida-, de morro muy parecido al de una raposa, corría adelante y atrás por la acera y miraba inquieto a los lados. De tarde en tarde se detenía y, con lastimero aullido, levantaba ya una, ya otra de sus heladas patas, tratando de comprender cómo había podido perderse.

Recordaba muy bien lo que había hecho durante el día y cómo, a la postre, había ido a parar a aquella desconocida acera.

Por la mañana, su amo, el ebanista Luká Alezándrich, se había puesto el gorro, había tomado

bajo el brazo cierta pieza de madera envuelta en un trapo rojo y había gritado:

- ¡Vamos, *Kashtanka*!

Al oír su nombre, el chucho de raza indefinida había salido de debajo del banco de carpintero, donde de ordinario dormía entre las virutas, se había estirado agradablemente y había seguido a su amo. Los clientes de Luká Alexándrich vivían muy lejos, así que antes de llegar hasta cada uno de ellos el ebanista debía hacer algunas paradas en las tabernas para reponer sus fuerzas. *Kashtanka* recordaba que por el camino su conducta había sido muy inconveniente. La alegría de que le hubiesen sacado a pasear le hacía dar brincos, ladrar al tranvía de caballos, meterse por los patios y perseguir a todos los perros que se encontraba. A cada instante el ebanista lo perdía de vista, lo llamaba y le reñía enfadado. En una ocasión, con expresión de cólera pintada en el semblante, había llegado a agarrarle de su oreja de raposa, dándole unos tirones, y había dicho, alargando las palabras:

-¡O-ja-lá re-vien-tes, canalla!

Después de despachar con los clientes, Luká Alexándrich se acercó un momento a casa de su hermana, donde bebió una copa y tomó un bocado,

De allí se dirigió a visitar a un encuadernador conocido, del encuadernador a la taberna, de la taberna a ver un compadre, etc. En unas palabras, cuando *Kashtanka* se vio en aquella acera extraña, ya anocheecía y el ebanista estaba borracho como una cuba. Agitaba los brazos y, suspirando profundamente, balbuceaba:

-Todos hemos nacido en el pecado. ¡Oh, pecadores, pecadores! Ahora vamos por la calle y miramos las farolas, pero cuando nos llegue la muerte nos consumiremos en el fuego del infierno...

O bien le daba por un tono bonachón, llamaba a *Kashtanka* y le decía:

-Tú, *Kashtanka*, no eres más que un insecto. Si se te compara con el hombre, eres como un mal carpintero frente a un buen ebanista...

Estaba hablando así con él cuando resonaron los acordes de una banda militar. *Kashtanka*, volvió la cabeza y vio que por la calle, hacia él, venía un regimiento. No podía soportar la música, que le descomponía los nervios, y empezó a aullar, yendo y viniendo. Con gran asombro suyo, el ebanista, en vez de asustarse, de chillar y ladrar, sonrió ampliamente y, poniéndose en posición de firmes, se llevó la mano a la visera. Viendo que su amo no protesta-

ba, *Kashtanka* aulló con más fuerza y, sin comprender lo que hacía, cruzó la calzada hasta la acera opuesta.

Al darse cuenta de las cosas, la música ya no se oía y el regimiento había desaparecido, corrió al lugar donde había dejado a su amo, pero, ¡ay!, el ebanista ya no estaba allí, parecía que se le hubiera tragado la tierra... *Kashtanka* olisqueó la acera con la esperanza de encontrar al amo por el olor de sus huellas, pero un miserable acababa de pasar con sus chanclos nuevos y todos los olores delicados se confundían con aquella peste de la goma, hasta tal punto, que era imposible distinguir nada.

Kashtanka corrió adelante y atrás sin encontrar a su dueño. A todo esto había oscurecido. A ambos lados de la calle encendieron las farolas, las ventanas de las casas se fueron iluminando. Caían unos copos grandes y esponjosos, cubriendo de blanco la calzada, los lomos de los caballos y los gorros de los cocheros, y cuanto más oscuro era el aire, más claros se hacían los objetos. junto a *Kashtanka*, cubriendo su campo visual y empujándole con sus pies y piernas, no cesaban de ir y venir clientes desconocidos. (*Kashtanka* dividía a toda la humanidad en dos partes muy desiguales: amos y clientes, con la diferencia

esencial, entre unos y otros, de que los primeros podían pegarle y a los segundos él mismo estaba autorizado para morderles las pantorrillas.) Los clientes tenían prisa y no le prestaban atención alguna.

Cuando se hizo completamente de noche, *Kashtanka* se vio dominado por la desesperación y el miedo. Se arrimó a un portal y empezó a llorar amargamente. Las andanzas de todo el día con Luká Alexándrich le habían fatigado, sentía frío en las orejas y las patas y, para colmo de males, estaba hambriento. Desde por la mañana sólo había tenido ocasión de llevarse algo al estómago dos veces: un poco de cola en casa del encuadernador y una tripa de salchichón que había encontrado junto al mostrador de una de las tabernas. Y eso era todo. Si hubiese sido persona, a buen seguro habría pensado: «No, esta vida es imposible. ¡Hay que pegarse un tiro!»

II EL MISTERIOSO DESCONOCIDO

Pero no pensaba en nada y se limitaba a llorar. Cuando la nieve suave y esponjosa hubo cubierto su lomo y su cabeza, y, exhausto, se había sumido en una pesada modorra, la puerta en que se hallaba apoyado hizo un ruido, chirrió y le golpeó en un costado. Dio un salto. Por la puerta salió un hombre que pertenecía a la categoría de los clientes. Como *Kashtanka* había lanzado un chillido, enredándosele entre las piernas, aquel hombre no pudo por menos que advertir su presencia. Se inclinó y preguntó:

-¿De dónde vienes, perrito? ¿Te he hecho daño? Bueno, no te enfades, no te enfades... Perdóname.

Kashtanka miró al desconocido a través de los copos que colgaban de sus pestañas y vio ante sí a un hombrecillo bajo y regordete, de cara redonda y afeitada, con sombrero de copa y el abrigo desabrochado.

-¿De qué te quejas? -prosiguió él, mientras con un dedo le quitaba la nieve del lomo-. ¿Dónde está tu amo? Te has perdido, ¿verdad? ¡Pobre perrito! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Percibiendo en la voz del desconocido un matiz cordial y cariñoso, *Kashtanka* le lamió la mano y aulló más lastimeramente todavía.

-¡Resulta muy divertido! -dijo el hombre- ¡Eres totalmente un zorro! En fin, no hay otro remedio: vente conmigo. Tal vez sirvas para algo... ¡Ea, vamos!

Chasqueó la lengua e hizo a *Kashtanka* una señal que únicamente podía significar una cosa: «Ven.» Y *Kashtanka* le siguió.

Media hora más tarde estaba ya sentado sobre sus cuartos traseros en el suelo de una habitación espaciosa y bien iluminada, con la cabeza inclinada a un costado y contemplando con ternura y curiosidad al desconocido, que daba buena cuenta de su cena. A la vez que comía le echaba algún trozo... En

un principio le dio pan y una corteza verde de queso, luego un pedazo de carne, medio pastelillo y unos huesos de pollo; el perro, hambriento, lo devoraba todo con tal rapidez, que ni siquiera llegaba a advertir el sabor de lo que engullía. Cuanto más comía, mayor era su hambre.

-¡Parece que no te alimentan muy bien tus amos! -dijo el desconocido, viendo con qué ansia feroz tragaba sin masticar-. ¡Y qué flaco estás! No tienes más que piel y huesos...

Kashtanka comió mucho, aunque sin llegar a hartarse; sentíase como borracho. Después de la cena se tumbó en el suelo, estiró las patas y meneó el rabo, sintiendo en todo su cuerpo una agradable languidez. Mientras su nuevo amo, retrepado en el sillón, fumaba un cigarro, él meneaba el rabo y trataba de dilucidar un problema: ¿Dónde se estaba mejor, con el desconocido o con el ebanista? La vivienda del desconocido era pobre y fea; quitando los sillones, el diván, el quinqué y las alfombras, no había nada, y la habitación parecía vacía. En casa del ebanista, en cambio, todo se encontraba repleto de cosas; estaban la mesa, el banco de carpintero, montones de virutas, cepillos, garlopas, sierras, la jaula del jilguero, el barreño... La habitación del des-

conocido no olía a nada, mientras que en la casa del ebanista siempre había un espléndido olor a cola, barniz y virutas. Pero la vivienda del desconocido ofrecía una gran ventaja. Le daban abundante comida y, había que hacerle justicia, cuando *Kashtanka* estaba ante la mesa y le miraba enternecido, no le golpeó ni una sola vez, no pataleó ni llegó a gritar siquiera: «¡Vete de ahí, maldito!»

Terminado su cigarro, el nuevo amo salió por unos instantes para volver con una pequeña colchoneta en las manos.

-¡Eh, perro, acércate! -dijo, poniendo la colchoneta en un rincón, al pie del diván -. Echate aquí, duérmete.

Luego apagó el quinqué y se marchó. *Kashtanka* se tendió en la colchoneta y cerró los ojos; de la calle llegó un ladrido que sintió deseos de contestar, pero de pronto, cuando menos lo esperaba, le invadió una oleada de tristeza. Recordó a Luká Alexandrich, a su hijo Fiédiushka, el confortable rinconcito de debajo del banco... Recordó las largas tardes de invierno, cuando el ebanista cepillaba sus maderas o leía en voz alta el periódico y Fiédiushka solía jugar con él... Le agarraba las patas traseras, lo sacaba de debajo del banco y hacía con él tales diabluras, que

se le nublabla la vista y llegaba a sentir dolor en todas las articulaciones. Le hacía andar a dos patas, lo convertía en campana, es decir, le tiraba fuertemente del rabo hasta que el animal empezaba a chillar y a ladrar, le daba a oler tabaco... Resultaba verdaderamente horrorosa una de las travesuras de Fiédiushka: ataba a una cuerda un trozo de carne, se lo daba a *Kashtanka* y, cuando éste lo había tragado, entre grandes risas, se lo sacaba del estómago. Y cuanto más vivos eran los recuerdos, tanto más fuertes y lastimeros eran los aullidos de *Kashtanka*.

Pero la fatiga y el calorcillo no tardaron en vencer la tristeza... Quedóse amodorrado. Creyó ver perros que pasaban corriendo; entre otros, vio el lulú con el cual se había encontrado aquel día en la calle, muy lanudo, con una catarata en un ojo y un mechón que le caía junto a la nariz. Fiédiushka, con una barra de hierro en la mano, perseguía al lulú; luego se cubrió de pronto de lanas, ladró alegremente y se fue a reunir con *Kashtanka*. Uno y otro se olisquearon las narices y corrieron a la calle...

III

UNA NUEVA AMISTAD, QUE RESULTA MUY AGRADABLE

Cuando *Kashtanka* se despertó había ya luz y desde la calle llegaban ruidos que únicamente se oyen de día. En la habitación no había ni un alma. *Kashtanka* se estiró, bostezó y, enfadado y sombrío, dio unas vueltas por la pieza. Oisqueó los rincones y los muebles, se asomó a la entrada y no encontró nada interesante. Además de la puerta que daba al recibidor, había otra. Después de pensarlo, *Kashtanka* arañó con ambas patas, la abrió y entró en el cuarto siguiente. Allí, en una cama y cubierto con su manta, dormía un cliente que él identificó con el desconocido de la víspera.

-Rrrr... -gruñó, pero, recordando el festín de la víspera, meneó el rabo y se dedicó a olisquear.

Pasó revista a la ropa y a las botas del desconocido y encontró que olían intensamente a caballo. En el dormitorio había una nueva puerta, que también estaba cerrada. *Kashtanka* arañó en ella, empujó con el pecho, la abrió e instantáneamente advirtió un olor extraño, muy sospechoso. Previendo un desagradable encuentro, sin cesar de gruñir y mirando a un lado y a otro, penetró en un pequeño cuarto, cuyas paredes estaban cubiertas por un papel muy sucio, y se hizo atrás, dominado por el miedo. Había visto algo inesperado y espantoso. Con el cuello y la cabeza casi pegados al suelo, las alas desplegadas y palpando, avanzaba sobre él un ganso de plumaje gris. A un lado, sobre una colchoneta, había un gato blanco; al ver a *Kashtanka* se puso en pie de un salto, encorvó el espinazo y, con la cola tiesa y el pelo erizado, emitió un bufido. El perro se asustó de veras, pero, para disimular el miedo que le dominaba, lanzó un sonoro ladrido y se arrojó sobre el gato. Este encorvó todavía más el espinazo, repitió el bufido y dio a *Kashtanka* un zarpazo en la cabeza. El perro se hizo atrás de un salto, agachóse, alargó hacia el gato el hocico y ladró con voz lastimera; en

este tiempo el ganso se le acercó por detrás y le dio un tremendo picotazo en el lomo. *Kashtanka* se arrojó de un salto sobre el gato...

-¿Qué pasa ahí? - se oyó una voz sonora y enfadada, y en el cuarto entró el desconocido de batín y con un cigarro entre los dientes- ¿Qué significa esto? ¡Cada uno a su sitio!

Se acercó al gato, le dio unas palmadas en el encorvado lomo y dijo:

-¿Qué significa esto, *Fiódor Timoféich*? ¿Os peleabais? ¡Ah, viejo canalla! ¡Échate!

Y, volviéndose hacia el ganso, gritó:

-¡*Iván Ivánich*, a tu sitio!

El gato se acostó dócilmente en su colchoneta y cerró los ojos. A juzgar por la expresión de su cara y sus bigotes, él mismo estaba descontento de haberse acalorado y de enzarzarse en la riña. *Kashtanka* refunfuñó ofendido y el ganso estiró el cuello y empezó a hablar rápidamente, con pasión y vocalizando muy bien, pero sin que se le entendiese nada.

-Bueno, bueno - dijo el amo, bostezando Hay que vivir en paz y buena amistad.

Hizo una caricia a *Kashtanka* y prosiguió:

-Y tú, canelo, no tengas miedo... son buena gente, no te harán nada malo. Pero, espera, ¿cómo

te vamos a llamar? Porque no puedes estar sin nombre, amigo.

El desconocido lo pensó y dijo:

-Verás... Te vas a llamar *Tío*... ¿ Comprendes?
¡*Tío!*

Y, después de repetir varias veces la palabra «*Tío*», salió del cuarto. *Kashtanka* se sentó y se dedicó a observar. El gato permanecía inmóvil en la colchoneta, haciendo como que dormía. El ganso, con el cuello estirado, se removía en su sitio sin cesar de hablar, con el calor y la rapidez de antes, en su lenguaje. Parecía un ganso muy inteligente; después de cada parrafada se hacía atrás con un gesto de asombro, como admirado de su propio discurso... *Kashtanka* lo estuvo escuchando un rato, contestó con un « rrrr... » y se dedicó a oler los rincones. En uno de ellos había un pequeño comedero en el que vio guisantes reblandecidos y unas cortezas de pan de centeno mojado en agua. Probó los guisantes, pero no le agradaron; probó las cortezas y le parecieron buenas. El ganso no se enfadó lo más mínimo al ver que un perro desconocido se comía sus alimentos; al contrario, se puso a hablar con más calor todavía, y para demostrar su confianza, se acercó él mismo al comedero y engulló unos cuantos guisantes.

IV
MARAVILLAS Y PORTENTOS

Poco después volvió el desconocido trayendo un extraño objeto en forma de trapecio. Del travesaño de aquel tosco trapecio de madera colgaba una campana y en él había sujeta una pistola. Del badajo de la campana y del gatillo de la pistola pendían unas cuerdas. El desconocido colocó el trapecio en el centro del cuarto, pasó bastante tiempo desatando y atando, y luego miró al ganso y dijo:

-Tenga la bondad, *Iván Ivánich*.

El ganso se acercó a él y quedó a la expectativa.

-¡Ea! - siguió el desconocido -, empezaremos por el principio. Ante todo, saluda y haz la reverencia. ¡Vivo!

Iván Ivánich alargó el cuello, lo inclinó a derecha y a izquierda y golpeó el suelo con la pata.

-Muy bien... ¡Ahora muérete!

El ganso se tendió sobre su espalda con las patas en alto. Después de realizar algunos números por el estilo, nada difíciles, el desconocido se llevó las manos a la cabeza, puso una cara de espanto y gritó-¡Socorro! ¡Que se quema la casa! ¡Que arde-
mos!

Iván Ivánich corrió hacia el trapecio, tomó la cuerda con el pico e hizo sonar la campana.

El desconocido quedó muy satisfecho, pasó la mano por el cuello del ganso y dijo:

-Muy bien, *Iván Ivánich*, Ahora eres un joyero que vende oro y brillantes. Llegas a la tienda y te encuentras con unos ladrones. ¿Qué harías en tal caso?

El ganso agarró con el pico la otra cuerda y dio un tirón, con lo que se produjo un ensordecedor disparo. A *Kashtanka* le había agradado mucho el repicar de la campana, pero el disparo le entusiasmó tanto, que empezó a ladrar y a dar vueltas alrededor del trapecio.

-¡A tu sitio, Tío! -gritó el desconocido-. ¡Silencio!

El trabajo de *Iván Ivánich* no había terminado ahí. Durante toda una hora el desconocido le hizo correr alrededor de él, mientras hacía restallar el látigo; el ganso debía saltar barreras y atravesar aros, encabritarse, es decir, sentarse sobre la cola y mover las patas. *Kashtanka*, sin apartar los ojos de *Iván Ivánich*, chillaba de entusiasmo, y en varias ocasiones lo siguió corriendo, con un sonoro ladrido. Cuando el hombre y el ganso se hubieron cansado, el desconocido se limpió el sudor de la frente y gritó:

-¡María, trae a *Javronía Ivánovna!*

Al cabo de un minuto se oía un gruñido... *Kashtanka* dio un respingo, adoptó un aire muy bravo y, por si acaso, se arrimó al desconocido. Se abrió la puerta, se asomó una vieja y, después de decir unas palabras, dejó pasar a un cerdo muy feo. Sin prestar atención alguna a las protestas de *Kashtanka*, el cerdo levantó el hocico y gruñó alegremente. Parecía muy contento de ver a su amo, al gato y a *Iván Ivánich*. Se acercó al minino, le empujó ligeramente con el hocico por debajo de la tripa y luego se puso a hablar con el ganso; en sus movimientos, en su voz y en el temblor del rabo se advertía una gran dosis de bondad. *Kashtanka* comprendió al instante que no merecía la pena gruñir y ladrar a tales sujetos.

El amo retiró el trapecio y gritó:

-¡*Fiódor Timoféich*, venga aquí!

El gato se levantó, se estiró perezosamente y con desgana, como quien hace un favor, se acercó al cerdo.

-¡Ea!, empezaremos por la pirámide egipcia - dijo el amo. Se entretuvo largo rato en dar explicaciones y luego ordenó: «Uno... dos... ¡tres!» *Iván Ivánich*, al oír la palabra «tres», batió las alas y saltó al lomo del cerdo... Cuando con ayuda de las alas y del cuello logró afirmarse sobre el áspero lomo, *Fiódor Tímoféich*, indolente y perezoso, con franco desprecio y como si todo su arte le importase un bledo, subió al lomo del cerdo y luego, con desgana, saltó sobre el ganso y se colocó en posición vertical sobre las patas traseras. Resultó lo que el desconocido denominaba pirámide egipcia. *Kashtanka* aulló de entusiasmo, pero en este tiempo el viejo gato bostezó y, perdido el equilibrio, se cayó del ganso. *Iván Ivánich* se tambaleó y también se vino abajo. El desconocido gritó, agitando mucho los brazos, y repitió las explicaciones.

Después de una hora de ejercicios perfeccionando la pirámide, el infatigable amo se dedicó a

enseñar a *Iván Ivánich* a cabalgar sobre el gato, hizo fumar a éste, etc.

Terminada la lección, el desconocido se limpió el sudor de la frente y salió del cuarto. *Fiódor Timoféich* soltó un desdeñoso bufido, se tumbó en la colchoneta y cerró los ojos. *Iván Ivánich* se dirigió al comedero y el cerdo fue retirado por la vieja.

Las muchas novedades de la jornada hicieron que el tiempo transcurriera para *Kashtanka* insensiblemente; al hacerse la noche fue llevado con su colchoneta al cuarto del sucio empapelado y allí durmió en compañía de *Fiódor Timoféich* y del ganso.

V

¡TALENTO! ¡TALENTO!

Transcurrió un mes.

Kashtanka se había habituado a las sabrosas comidas diarias y a que le llamasen *Tío*. Se habituó también al desconocido y a sus nuevos compañeros de vivienda. La vida se deslizaba como sobre ruedas.

Los días empezaban siempre lo mismo. De ordinario, el primero en despertarse era *Iván Ivánich*, que inmediatamente se acercaba al *Tío* o al gato, estiraba el cuello y comenzaba a hablar con calor, como el que trata de convencer de algo, aunque sus frases seguían siendo tan incomprensibles como antes. En ocasiones levantaba la cabeza y pronun-

ciaba largos monólogos. En un principio *Kashtanka* pensó que el ganso hablaba mucho porque era muy inteligente, pero no tardó en perderle todo el respeto; cuando se le acercaba con sus interminables discursos, no movía ya el rabo, sino que trataba de sacudírselo como se hace con un charlatán importuno que no deja dormir a nadie, y sin la menor ceremonia le respondía: «Rrrr ...»

Fiódor Timoféich era un señor de otro linaje; al despertarse, no emitía ruido alguno, no se movía y ni siquiera abría los ojos. De buena gana no se habría despertado, porque, según todos los síntomas, no tenía apego a la vida. Nada le interesaba, todo lo miraba con indiferencia y desdén, lo despreciaba todo e incluso, a la hora de la comida, hacía ascos a los sabrosos manjares.

Kashtanka, al despertarse, empezaba a recorrer las habitaciones, oliendo en cada rincón. Sólo el gato y él tenían permiso para andar por todo el piso; el ganso no debía traspasar el umbral del cuarto del empapelado sucio, y *Javronia Ivánovna* vivía fuera, en un cobertizo del patio, y sólo aparecía a la hora de la lección. El amo se despertaba tarde, tomaba el té e inmediatamente se entregaba a sus ejercicios con los animales. Cada día aparecían en la habitación el tra-

pecio, el látigo y los aros, y cada día se repetía lo mismo casi sin variación alguna. La lección duraba de tres a cuatro horas, de modo que a veces *Fiódor Timoféich* llegaba a tambalearse como un borracho, *Iván Ivánich* abría el pico, respirando fatigosamente, y el amo, rojo como un tomate, no cesaba de limpiarse el sudor de la frente.

Las lecciones y la comida hacían los días muy interesantes, pero al llegar la noche venía el aburrimiento. El amo solía salir llevando consigo al ganso y al gato. El *Tío* se quedaba solo, se acostaba en su colchoneta y se entregaba a sus tristes pensamientos... La tristeza le invadía sin que él mismo se diese cuenta, haciéndose cada vez más intensa, lo mismo que la oscuridad de la habitación. Los primeros síntomas eran que el perro perdía por completo los deseos de ladrar, de comer, de recorrer las habitaciones y hasta de mirar a nada; luego en su imaginación aparecían dos figuras. confusas, que no sabría decir si eran perros o personas, de fisonomía agradable y simpática, aunque no acababa de identificarlas. Cuando se le presentaban, el *Tío* meneaba el rabo; le parecía haber visto y querido a aquellos seres en otro lugar... Y al dormirse, siempre sentía que

de esas figuras emanaba un olor a cola, a virutas y a barniz.

Cierta vez, antes de comenzar la lección, cuando ya se había hecho por completo a la nueva vida y de un chucho flaco que era se había convertido en un perro gordo y bien criado, el amo le acarició y le dijo:

-Ya es hora, *Tío*, de que hagamos algo práctico. Se acabó el holgazanear. Quiero hacer de ti un artista... ¿Quieres ser artista?

Y empezó a enseñarle diversas habilidades. En la primera lección aprendió a mantenerse de pie y a marchar sobre las patas traseras, cosa que fue muy de su agrado. En la segunda hubo de saltar, siempre sobre las patas traseras, hasta alcanzar un terrón de azúcar que el maestro mantenía en alto sobre su cabeza. Luego vino bailar, correr sujeto a la cuerda, describiendo círculos, aullar a los sonos de la música, tocar la campana y disparar; al cabo de un mes ya podía reemplazar perfectamente a *Fiódor Timoféich* en la «pirámide egipcia». Era muy aplicado y se sentía satisfecho de sus éxitos; correr con la lengua fuera, saltar por arco y cabalgar sobre el viejo *Fiódor Timoféich* le proporcionaba el mayor de los placeres. Cada ejercicio bien hecho lo acompañaba de sono-

ros y entusiásticos ladridos; el maestro, pasmado, se entusiasmaba también y se frotaba las manos.

-Eres un talento, un talento decía-. ¡Un talento indudable! Seguro que tendrás éxito.

VI

UNA NOCHE INTRANQUILA

El *Tío* soñó que le perseguía un portero con su escoba y se despertó sobresaltado.

La habitación estaba silenciosa y oscura, el calor era sofocante. Las pulgas le picaban. El *Tío* no había sentido nunca miedo a la oscuridad, pero ahora le invadía el terror y le entraron ganas de ladrar. En la pieza vecina el amo suspiró profundamente; luego, al cabo de un rato, el cerdo gruñó en su cobertizo, y todo quedó de nuevo en silencio. Cuando uno piensa en la comida el alma parece aliviada, y el *Tío* empezó a pensar que aquel día había robado a *Fiódor Timoféich* una pata de pollo, que dejó escondida en la sala, entre el armario y la pared, en un lugar donde

abundaban las telarañas y el polvo. Le habría agradado acercarse ahora y mirar si la pata seguía en su sitio. Era muy posible que el amo la hubiese encontrado y se la hubiera comido. Pero hasta la mañana no se podía salir de la habitación: tal era la norma establecida. El *Tío* cerró los ojos para dormirse pronto, pues por experiencia sabía que cuanto antes se duerme uno más de prisa viene la mañana. Pero en esto, no lejos de él resonó un grito terrible, que le hizo estremecerse y ponerse de pie. Era *Iván Ivánich*, y su grito no era el de un charlatán que quiere convencer, como hacía a diario, sino algo salvaje y estridente, antinatural, parecido al chirrido de una puerta al abrirse. Sin ver nada en las tinieblas que le rodeaban, sin comprender lo que ocurría, el *Tío* sintió más miedo aún y gruñó:

-Rrrr..

Transcurrió algún tiempo, el que se necesitaría para roer un buen hueso; el grito no se repitió. El *Tío* se fue tranquilizando y se durmió de nuevo. Soñó con dos grandes perros negros; de los flancos y de las patas traseras les colgaban sucios mechones de pelo; comían ávidamente desperdicios en un barreño, del que se desprendía un vapor blanco y un olor muy apetitoso. En ocasiones miraban al *Tío*,

enseñaban los colmillos y gruñían: «A ti no te daremos nada.» Pero de la casa salió un hombre vestido con un largo capotón y los echó con un látigo. Entonces, el *Tío* se acercó al barreño y se puso a comer, pero en cuanto el hombre se hubo retirado, los perros negros de antes se arrojaron sobre él, y en este momento resonó otro penetrante grito.

-¡Cual! ¡Cua-cua-cua!- gritaba *Iván Ivánich*.

El *Tío* se despertó, se puso en pie de un salto y, sin salir de la colchoneta, emitió un largo aullido. Imaginábase que el autor del grito no era *Iván Ivánich*, sino un desconocido. En el cobertizo volvió a gruñir el cerdo.

Se oyó el arrastrar de unas zapatillas y en el cuartito entró el amo envuelto en su batín y con una vela en la mano. Los destellos de la luz saltaron por el sucio papel de las paredes y por el techo, expulsando la oscuridad. El *Tío* vio que en la habitación no había nadie extraño. *Iván Ivánich* no dormía. Estaba tendido en el suelo, con las alas caídas y el pico entreabierto, como si se sintiese muy fatigado y quisiera beber. Tampoco dormía el viejo *Fiódor Timoféich*, despertado, sin duda, por el grito.

-¿Qué te ocurre, *Iván Ivánich*? - preguntó el amo al ganso-. ¿Por qué gritas? ¿Estás enfermo?

El ganso guardó silencio. El amo le pasó la mano por el cuello y el espinazo y dijo:

-Eres un impertinente: ni duermes ni dejas dormir.

El amo salió, llevándose la luz, y de nuevo quedó todo sumido en las tinieblas. El *Tío* sintió miedo. El ganso no gritaba, pero de nuevo creyó que en la oscuridad había alguien extraño. Y lo peor de todo era que a ese alguien no se le podía morder, porque era invisible y carecía de forma. Pensó que esta noche había de ocurrir forzosamente algo muy malo. *Fiódor Timoféich* se mostraba también inquieto. El *Tío* oía cómo se removía en su colchoneta, bostezaba y sacudía la cabeza.

En la calle llamaron a una puerta y en el cobertizo gruñó el cerdo. El *Tío* aulló, extendió las patas delanteras y colocó la cabeza entre ellas. En los golpes dados a la puerta, en el gruñido del cerdo - desvelado también -, en la oscuridad y en el silencio, advertía algo que le producía angustia y miedo, lo mismo que el grito de *Iván Ivánich*. Todo le causaba alarma e inquietud, pero ¿por qué? ¿Quién era ese ser extraño que no se dejaba ver? junto al *Tío*, por un instante, brillaron dos turbias lucecitas verdes. Por primera vez desde que se conocían *Fiódor Timo-*

féich se acercaba a él. ¿Qué quería? El *Tío* le lamió una pata y, sin preguntare la causa de su venida, aulló suavemente y en distintos tonos.

-¡Cua! -gritó *Iván Ivánich*-. ¡Cua-a-a!

La puerta se abrió de nuevo y entró el amo con la vela. El ganso seguía lo mismo que antes, con el pico abierto y las alas caídas. Sus ojos estaban cerrados.

-*Iván Ivánich* -le llamó el amo.

El ganso no se movió. El amo se sentó ante él en el suelo, lo miró un rato en silencio y dijo:

-¿Qué es eso, *Iván Ivánich*? ¿Te vas a morir? ¡Ah, ahora lo recuerdo! - exclamó, llevándose las manos a la cabeza Ya sé lo que te ocurre! ¡Es el pisotón que hoy te dio el caballo! ¡Dios mío, Dios mío!

El *Tío* no alcanzaba a comprender lo que decía el dueño, pero por su cara vio que éste esperaba algo terrible. Alargó el morro hacia la oscura ventana por la que, creyó él, miraba un desconocido y aulló.

-¡Se muere, *Tío*! - dijo el amo, y juntó ambas manos-. Sí, sí, se muere. La muerte ha venido a visitarnos. ¿Qué podríamos hacer?

Pálido e inquieto, suspirando y meneando la cabeza, el amo volvió a su dormitorio. El *Tío* sintió

miedo de quedarse en la oscuridad y lo siguió. El se sentó en la cama y repitió varias veces:

-Dios mío, ¿qué se podría hacer?

El *Tío* iba y venía junto a sus pies, sin comprender las razones de su angustia e inquietud; en sus deseos de alcanzar la causa de todo esto, no se perdía ni uno solo de sus movimientos. *Fiódor Timoféich*, que raras veces abandonaba su colchoneta, salió también al dormitorio del amo y comenzó a frotarse en las piernas de éste. Sacudió la cabeza, como si quisiera desprenderse de graves pensamientos, y miró sospechosamente debajo de la cama.

El amo tomó un platillo, lo llenó de agua en el grifo y volvió al cuarto del ganso.

-Bebe, *Iván Ivánich* - dijo cariñosamente, poniendo ante él el platillo-. Bebe, querido.

Pero *Iván Ivánich* no se movió ni abrió los ojos. El dueño le acercó la cabeza al platillo y le metió el pico en el agua, pero el ganso no quiso beber, dejó caer aún más las alas y su cabeza quedó inmóvil en el platillo.

- ¡No, ya es imposible hacer nada! - suspiró el amo. Se acabó todo. ¡Adiós, *Iván Ivánich*!

Y por sus mejillas se deslizaron unas gotitas brillantes, parecidas a las que bajan por las ventanas

cuando llueve. Sin comprender nada de esto, el *Tío* y *Fiódor Timoféich* se apretaron contra él y miraron horrorizados al ganso.

-¡Pobre *Iván Ivánich!* -decía el amo, suspirando tristemente- Y yo que pensaba llevarte esta primavera al campo, a que corrieses por la hierba verde... ¡Te has muerto, mi bueno y querido compañero de fatigas! ¿Cómo me las voy a arreglar sin ti?

Al *Tío* le pareció que también a él le iba a suceder algo parecido, es decir, que, sin saber por qué, iba a cerrar los ojos, a estirar las patas y a abrir la boca, y que todos le mirarían horrorizados. Esas mismas ideas debían de rondar por la cabeza de *Fiódor Timoféich*. jamás se había mostrado el viejo gato tan triste y taciturno como ahora.

Comenzaba a amanecer y en la habitación no se encontraba ya aquel ser extraño e invisible que había asustado al *Tío*. Cuando se hizo de día, vino el portero, agarró al ganso por las patas y se lo llevó quién sabe a dónde. Poco después se presentaba la vieja y retiraba el comedero.

El *Tío* se acercó a la sala y miró detrás del armario: el amo no se había comido la pata de pollo, que seguía en el mismo sitio, entre el polvo y las telarañas. Pero se sentía dominado por el tedio y la triste-

za; quería llorar. Ni siquiera olió la pata. Se sentó al pie del diván y empezó a aullar con una delgada vocecita.

-Au-au-au...

VII

UN DEBUT DESAFORTUNADO

Era una hermosa tarde cuando el amo entró en el cuartito del papel sucio y, frotándose las manos, dijo:

-Bueno...

Quería añadir algo más, pero salió sin terminar la frase. El *Tío*, que durante las lecciones había estudiado muy bien su cara y la entonación de su voz, adivinó que estaba preocupado e inquieto, y acaso enfadado. Poco después volvió y dijo:

-*Tío*, hoy te voy a llevar con *Fiódor Timoféich*. En la «pirámide egipcia» sustituirás al difundo *Iván Ivánich*. ¡El diablo sabe qué saldrá de todo esto! No hay nada preparado, no lo habéis aprendido, no hemos

tenido tiempo de ensayar. ¡Fracasaremos, fracasaremos!

Volvió a salir y al cabo de un momento regresaba enfundado en su abrigo de piel y con sombrero de copa. Acercóse al gato, lo cogió de las patas delanteras, lo levantó y lo ocultó en su pecho, dentro del abrigo; *Fiódor Timoféich* se mostró indiferente a todo esto, sin molestarse siquiera en abrir los ojos. Veíase que no le importaba nada; que le era lo mismo estar acostado o ser levantado de las patas, descansar en la colchoneta o reposar en el pecho del amo, dentro del abrigo...

-Vamos, *Tío* -dijo el amo.

El *Tío* le siguió sin comprender nada y meneando el rabo. Al cabo de un minuto se encontraba en un trinco, a los pies del amo, y oía cómo éste, estremeciéndose a causa del frío y la inquietud, gruñía:

-¡Vamos a fracasar! ¡Va a ser un fracaso!

El trineo se detuvo ante un edificio grande y de extraña forma, parecido a una sopera puesta del revés. La larga entrada de esta casa, con tres puertas de cristales, estaba iluminada por una docena de faroles de viva luz. Las puertas se abrían con estrépito y, cual si fuesen fauces, se tragaban a la gente situada delante de ellas. Abundaban las personas, a

veces se acercaban caballos, pero, en cuanto a perros, no se veía ninguno.

El amo agarró al *Tío* y se lo metió en el pecho, dentro del abrigo, donde ya se encontraba *Fiódor Timoféich*. Allí no había luz, faltaba aire, pero el calorillo era muy agradable. Por un instante brillaron dos turbias chispas verdes: era el gato, que había abierto los ojos al sentir el contacto de las frías y duras patas del vecino. El *Tío* le lamió la oreja y, deseoso de acomodarse lo mejor posible, se removió inquieto, haciéndose sitio, recogiendo las frías patas, y, sin querer, sacó la cabeza al exterior; pero inmediatamente la volvió a meter, con un gruñido de enfado. Creyó verse en una habitación enorme, mal iluminada y llena de monstruos; por detrás de vallas y rejas, que se extendían a ambos lados, asomaban unas cabezas terribles: de caballo, con cuernos, de largas orejas; una de ellas, gorda y grandísima, tenía cola en vez de nariz, con dos largos huesos bien roídos que le salían de la boca.

El gato maulló con voz sorda, molesto por las patas del *Tío*, mas en esto el abrigo se abrió, el dueño dijo «¡Hop!» y *Fiódor Timoféich* y el *Tío* saltaron al suelo. Se encontraban ya en una pequeña pieza con paredes grises de tabla; los únicos muebles eran una

mesita con un espejo y un taburete. Descontando esto y los trapos colgados de los rincones, allí no había nada más; en vez de quinqué o de vela ardía una viva lucecita en forma de abanico, pegada a cierto tubo que salía de la pared. *Fiódor Timoféich* se alisó el pelo, revuelto por el *Tío*, y se echó debajo del taburete. El dueño, siempre inquieto y sin cesar de frotarse las manos, comenzó a desnudarse... Se desnudó como de ordinario lo hacía en casa para acostarse, es decir, se quitó todo menos la ropa interior; luego se sentó en el taburete y, mirando al espejo, empezó a realizar sobre su persona operaciones maravillosas. Lo primero de todo se colocó en la cabeza una peluca con raya en medio y dos mechones parecidos a cuernos; seguidamente se embadurnó la cara con algo blanco y por encima de lo blanco se pintó las cejas, los bigotes y las mejillas. Pero no terminó ahí la cosa, sino que después de embadurnarse la cara y el cuello se vistió con un traje como el *Tío* no había visto nunca ni en las casas ni en la calle. Imaginaos unos pantalones anchísimos de satén floreado, por el estilo del que se emplea en las casas de la clase media para cortinas y fundas de muebles, unos pantalones que le llegaban hasta las mismas axilas, una pernera era de color

castaño y la otra amarillo claro. Una vez sumergido en estos pantalones, el amo se puso cierta chaquetilla de cuello grande y con picos y una estrella de oro en la espalda, medias de distintos colores y zapatos verdes...

Al *Tío* se le iban y venían los ojos con tal variedad de colores. Aquella figura pesadota olía a amo, su voz era también la de él, pero había momentos en que el *Tío* se sentía atormentado por la duda, dispuesto a huir de aquel pintarrajeado hombre y a ladrar. El nuevo sitio, la luz en forma de abanico, los olores, la metamorfosis experimentada por el amo: todo ello le sumía en un estado de miedo indefinido. Tenía el presentimiento de que iba a tropezarse con algo horroroso, al estilo de la enorme cabeza con cola en lugar de nariz. Y para colmo de males, fuera tocaba la odiosa música y en ocasiones se oía un rugido incomprensible. Lo único que le tranquilizaba era la serenidad imperturbable de *Fiódor Timoféich*. Este dormía como si tal cosa debajo del taburete y ni siquiera llegaba a abrir los ojos cuando el taburete se movía.

Un hombre de frac y chaleco blanco asomó la cabeza por la puerta del cuartito y dijo:

-Ahora empieza miss Arabela. Luego le tocará a usted.

El amo no respondió nada. Sacó de debajo de la mesa una maleta de reducidas proporciones y se sentó a esperar. Los labios y las manos delataban su inquietud; el *Tío* oía cómo temblaba su respiración.

-Monsieur George, a escena -gritó alguien al otro lado de la puerta.

El amo se levantó, se persignó tres veces, sacó al gato de debajo del taburete y lo metió en la maleta.

-Ven aquí, *Tío* -dijo en voz baja.

El *Tío*, sin comprender nada, se acercó a sus manos; él le dio un beso en la cabeza y lo colocó junto a *Fiódor Timoféich*. Luego todo se hizo oscuro... El *Tío* pisaba al gato, arañaba las paredes de la maleta y, presa de terror, era incapaz de emitir el menor sonido; temblaba mientras la maleta oscilaba como arrastrada por las olas...

-¡Aquí estoy yo! -gritó con voz sonora el amo.
¡Aquí estoy yo!

El *Tío* sintió que después de este grito la maleta chocaba con algo duro y dejaba de balancearse. Se oyó un rugido fuerte y largo: golpeaban a alguien, y ese alguien, probablemente la cabeza de la cola en

vez de nariz, rugía y reía tan estrepitosamente, que vibraban los cierres de la maleta. En respuesta al rugido se oyó la risa del amo, una risa estridente y chillona como jamás la había escuchado en casa.

-¡Hola! -gritó, tratando de hacerse oír por encima del rugido-. Respetable público, acabo de llegar de la estación. Se ha muerto mi abuela y me ha dejado heredero. En la maleta hay algo muy pesado; debe de ser oro... ¡A-ah! ¡Puede que haya un millón! Voy a abrirla y veremos...

Sonó el cierre de la maleta. Una luz cegadora le hizo cerrar los ojos al *Tío*. Saltó fuera y, ensordecido por el rugido, corrió cuanto pudo alrededor de su amo, ladrando alegremente.

- ¡Hola! -gritó el amo- ¡Mi *Tío Fiódor Timoféich!* ¡Mi otro *Tío!* ¡Que el diablo os lleve, queridos parientes!

Cayó con el vientre sobre la arena, agarró al gato y al *Tío* y los abrazó una vez y otra. El *Tío*, mientras él le apretaba entre sus brazos, pudo lanzar una ojeada al mundo a que le había llevado el destino y, asombrado de verse en un lugar tan grandioso, quedó por un momento inmóvil, dominado por el asombro y el entusiasmo. Luego se evadió de los abrazos del amo y, aturdido por tanta emoción, co-

menzó a dar vueltas como un lobezno. Ese mundo nuevo era grande y resplandeciente; a donde quiera que mirase, desde el suelo al techo, todo eran caras, caras y caras, y nada más.

-*Tío*, tenga la bondad de sentarse - dijo el amo.

Recordando lo que esto significaba, el *Tío* saltó a una silla y se sentó. Miró al amo. Los ojos de éste, como siempre, eran serios y cariñosos, pero la cara, en particular la boca y los dientes, se hallaban desfigurados por una sonrisa ancha y petrificada. El reía a carcajadas, saltaba, movía los hombros y en presencia de aquellos miles de persona hacía ver como si se sintiera muy alegre. El *Tío* creyó en esa alegría y de pronto sintió con todo su ser que aquellos miles de hombres y mujeres tenían los ojos puestos en él; levantó su hocico de raposa y aulló alegremente.

-Usted, *Tío*, quédese ahí -le dijo el amo-, mientras *Fiódor Timoféich* y yo bailamos la *kamarinka*.

Fiódor Timoféich, en espera de que le obligasen a hacer estupideces, permanecía indiferente, mirando a los lados. Bailó con desgana, de mal humor, y por sus movimientos, por su cola y sus bigotes percibíase el profundo desprecio que le inspiraban la gente, la viva luz, el amo, él mismo... Bailó cuanto le correspondía, bostezó y se sentó.

-Venga, *Tío* - dijo el amo -. Primero cantaremos y luego bailaremos. ¿Qué le parece?

Sacó del bolsillo una flauta y empezó a tocar. El *Tío*, que no podía soportar la música, se removió inquieto en la silla y aulló una vez y otra. Esto produjo una tempestad de gritos y aplausos. El amo saludó y cuando todo se hubo acallado volvió a tocar... Estaba ejecutando una nota muy alta cuando alguien que se encontraba en las últimas filas del público lanzó una sonora exclamación de asombro.

-¡Padre! -gritó una voz infantil- ¡Pero si es *Kashtanka!*

-¡Sí que es *Kashtanka!* -confirmó otra voz, ésta de borracho- ¡*Kashtanka!* *Fiédiushka*, que Dios me castigue si no es *Kashtanka*.

Alguien silbó en las alturas y dos voces, una de niño y otra de adulto, llamaron a pleno pulmón:

-¡*Kashtanka!* ¡*Kashtanka!*

El *Tío* se estremeció y miró al lugar de donde procedían los gritos. Dos caras, una peluda, alcohólica y sonriente, la otra redonda de rojas mejillas y asustada, se le metieron por los ojos antes se le había metido la viva luz... Recordó, cayó de la silla y empezó a aullar en la arena. Luego pegó un brinco y con alegres chillidos corrió hacia aquellas caras. Es-

talló un ensordecedor rugido, del que sobresalían los silbidos y un estridente grito infantil:

-¡*Kashtanka!* ¡*Kashtanka!*

El *Tío* saltó la barrera. Luego, por encima de los hombros de alguien, fue a parar a un palco. Para subir al piso siguiente era necesario saltar una alta pared. El *Tío* trató de hacerlo, pero no pudo y cayó abajo. Luego fue pasando de unos a otros, lamiendo manos y caras, cada vez más arriba, hasta que, por fin, se vio en el gallinero...

Media hora más tarde *Kashtanka* iba ya por la calle detrás de personas que olían a cola y barniz. Luká Alexándrich se tambaleaba e instintivamente, aleccionado por la experiencia, procuraba mantenerse lejos de las zanjas.

-En el abismo de mis entrañas anida el pecado... -balbuceaba- Y a ti, *Kashtanka*, no hay quien te entienda. Comparado con el hombre, eres como un mal carpintero frente a un buen ebanista.

A su lado caminaba Fiédiushka, tocado con la gorra del padre. *Kashtanka* miraba las espaldas de ambos, le parecía que hacía ya mucho que iba detrás de ellos y se alegraba de que su vida no se hubiese interrumpido ni por un instante.

K A S H T A N K A

Recordaba el cuartito del empapelado sucio, el ganso y *Fiódor Tímoféich*, las sabrosas comidas, las lecciones, el circo... pero todo eso no era ahora para él sino una pesadilla larga y confusa.

FIN